HISTORIAS Y PARÁBOLAS PARA NIÑOS

Historias para el alma

Veladas en familia

Volumen VIII

HISTORIAS ILUSTRADAS PARA TODA LA FAMILIA

UN LIBRO PARA LAS VELADAS JUNTOS

Una historia leída con cariño crece con nosotros.

ESTE LIBRO PERTENECE A

Mi nombre / nuestra familia

VOLUMEN VIII

Historias para el alma

Veladas en familia

Once historias · Edición ilustrada

Octubre de 2026

Las citas bíblicas siguen, con adaptaciones, la versión *Dios habla hoy*®,
© Sociedades Bíblicas Unidas.

AMISTAD, DESCUBRIMIENTOS Y ALEGRÍAS

En este volumen

73 **La noche de las mil estrellas** 5
Una noche mirando las estrellas, con los abuelos

74 **El concierto bajo los manzanos** 15
Una canción, una campanilla y los vecinos bajo los manzanos

75 **El cuaderno en dos idiomas** 25
Un amigo nuevo y las palabras aprendidas juntos

76 **El barco del cuaderno azul** 35
Un barco pequeño, hecho con papá y con paciencia

77 **El jardín que lleva el nombre de Esteban** 45
Las primeras hojas y la paciencia del jardinero

78 **El pícnic de las doce recetas** 55
Un cuaderno con las recetas de los vecinos

79 **La sorpresa del sobre amarillo** 65
Una mancha de color y el valor de decir la verdad

80 **La ciudad en la sala de estar** 75
Dos hermanos, unas cuantas cajas y un domingo entero

81 **El mapa del tesoro del patio de la escuela** 85
Una búsqueda del tesoro y dos compañeros que aprenden a trabajar juntos

82 **La biblioteca sobre ruedas** 95
Libros llevados al parque y un encuentro de lectura

83 **La estrella de la ventana** 105
Una estrella de cartón, un villancico nuevo y un vecino con recuerdos

VOLUMEN VIII

Historias para el alma

Veladas en familia

«Alégrense siempre en el Señor; repito: ¡alégrense!».

FILIPENSES 4, 4

De amistad y descubrimientos. De alegrías compartidas.

HISTORIA 73

La noche de las mil estrellas

Una noche mirando las estrellas, con los abuelos

EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años p. 6
Hablamos con los pequeños p. 8
La historia completa · desde los 8 años p. 9
Lo que nos enseña · Hablamos en familia p. 13

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS 1 / 2

El verano terminaba. Al anochecer, las ventanas del edificio quedaban abiertas, y abajo se oían un columpio y voces de niños. El cielo entre los edificios se volvía rosa, luego azul. En la sala, mamá había bajado del estante una caja vieja con fotos.

Mateo encontró dentro una foto de papá de pequeño. Estaba en el jardín de los abuelos, junto al abuelo, mirando por un tubo largo.

—Papá, ¿qué buscabas ahí? —preguntó Mateo.

—Las estrellas —rio papá—. Ese tubo es un telescopio. ¿Vamos el sábado a casa de los abuelos a buscarlas?

Mateo y su hermana Irina se prepararon. Eligieron una manta, dibujaron invitaciones para los abuelos y llenaron una cesta de manzanas y galletas.

El sábado al anochecer, el jardín olía a menta. El abuelo sacó el telescopio y los niños se tumbaron en la manta. El cielo aún era azul.

—No veo ninguna estrella —dijo Irina.

—Hay tiempo —sonrió la abuela.

Para acortar la espera, el abuelo les contó que papá, de pequeño, se tumbaba en esa misma manta y quería contar todas las estrellas. Mateo se rio. Nunca se había imaginado a papá tan pequeño.

De pronto, Irina señaló el cielo sobre el ciruelo.

—¡Una! ¡Dos! ¡Tres! —contaba.

Las estrellas se encendían una tras otra, y pronto fueron tantas que nadie podía contarlas.

—¿Son mil? —susurró Irina.

—Muchas más —dijo el abuelo—. No podemos contarlas. Pero Dios las conoce a todas por su nombre.

Por el telescopio, Mateo miró la Luna. No era lisa: estaba llena de sombras y hoyitos. Dejó mirar también a Irina. Ella ya no dijo nada. Solo miraba.

Antes de irse, mamá les sacó una foto junto al telescopio. En casa, Mateo la pegó en el álbum, junto a la vieja, y escribió debajo: «La noche en que miramos hacia arriba». Irina dibujó al lado una estrella grande, con sitio para todos sus nombres.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1. **¿Qué encontró Mateo en la caja de fotografías?**
   Respuesta: Una foto de papá de niño con el abuelo, mirando por un telescopio.

2. **¿Qué llevaron los niños a los abuelos?**
   Respuesta: Una manta, invitaciones dibujadas, manzanas y galletas.

3. **¿Qué vio Mateo por el telescopio?**
   Respuesta: La Luna, con sombras y hoyitos.

4. **¿Qué pusieron al final en el álbum?**
   Respuesta: La foto nueva, al lado de la vieja.

LO HACEMOS JUNTOS

- ○ Salgan una noche despejada y cuenten juntos las primeras estrellas.
- ○ Busquen una foto antigua de la familia y cuenten qué pasó aquel día.

UNA PEQUEÑA ORACIÓN

Señor, gracias por el cielo y por las estrellas
y por las personas queridas que tengo cerca. Amén.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 1 / 4

El verano llegaba a su fin, y las tardes en el barrio de Mateo pasaban sin prisa. Las ventanas seguían abiertas hasta tarde; abajo se oían una pelota, el chirrido de un columpio y alguien que llamaba a los niños a cenar. En los balcones, los geranios y la albahaca recién regados olían más fuerte. El cielo entre los edificios se volvía rosa, luego azul oscuro, y en las cocinas se encendían, una a una, las luces.

En la sala había silencio. La lámpara junto al sofá dibujaba un círculo amarillo en la alfombra. En el estante de arriba estaban, como siempre, los libros gruesos y una caja vieja, atada con un cordel, que nadie abría muy a menudo.

Aquella tarde, mamá la bajó para buscar un retrato de la abuela. Mateo se sentó a su lado, en la alfombra. De la caja salían sobres amarillentos, cartas y fotos de bordes dentados. En una había un niño con las rodillas raspadas y un mechón de pelo que no quería quedarse peinado.

—¡Es papá! —gritó Mateo.

El niño de la foto estaba en un jardín, junto al abuelo, y miraba por un tubo largo apoyado en tres patas. Detrás se veía un ciruelo joven y, sobre la mesa, dos tazas.

Papá llegó de la cocina, con el paño al hombro, y reconoció la foto de un vistazo. Pasó el dedo por encima, como si quisiera sacudir el polvo de un día lejano.

—Tenía más o menos tu edad —dijo—. Entonces el abuelo me mostró la Luna por el telescopio por primera vez. No quería acostarme. Temía perderme algo del cielo.

Irina dejó sus lápices y se trepó al brazo del sofá para ver. Quiso saber dónde estaba ahora el telescopio. Papá se encogió de hombros y llamó al abuelo. Del teléfono salió una risa conocida: el telescopio

estaba en el armario, en su caja, y llevaba años esperando una noche despejada.

Decidieron ir el sábado. Mientras tanto, Mateo escribió una lista tan larga que mamá le preguntó si preparaba un paseo o un viaje a la Luna. Él tachó algunas cosas, pero dejó la manta, la linterna y las galletas.

Irina se encargó de las invitaciones. Dibujó estrellas amarillas y escribió el nombre de cada uno como supo. Para el abuelo hizo una estrella con bigote. Luego le preguntó a mamá si a los mayores les dan a veces invitaciones dibujadas.

—Yo la mía la guardo —respondió mamá, y la sujetó con un imán en el refrigerador.

El sábado por la mañana pasaron sobre el edificio unas nubes finas. Mateo las siguió desde la ventana, ceñudo, como si pudiera espantarlas con la mirada. Papá se paró a su lado.

—¿Y si esta noche está nublado?

—Entonces tendremos igual un jardín, unos abuelos y una cesta llena —dijo papá—. No es poca cosa.

Al atardecer, sin embargo, el cielo se despejó. En el jardín de los abuelos los esperaba té de menta. El telescopio estaba junto al ciruelo, como en la foto, solo que el ciruelo era ya tan alto como la casa. Mateo le dio dos vueltas, comparando el lugar de ahora con la imagen de antes.

El abuelo limpió las lentes con un pañuelo y papá lo ayudó a montar el telescopio. Los niños extendieron la manta y sujetaron las invitaciones con piedrecitas, para que no se las llevara el viento. Irina trajo también su osito, que, según ella, aún no había visto bastantes cosas interesantes.

El sol se había puesto, pero el cielo aún estaba claro. Mateo miraba

arriba, al reloj, otra vez arriba. Las estrellas no tenían ninguna prisa, por muy preparado que viniera él. El abuelo se sentó a su lado y le dio una manzana.

—¿Sabes qué me preguntó tu padre nuestra primera noche aquí? Si la Luna lo seguiría hasta casa.

Mateo se rio y se volvió hacia papá. Nunca se lo había imaginado haciendo las preguntas que ahora hacía Irina. Papá confesó algo más: una noche había intentado contar todas las estrellas.

—¿Hasta cuánto llegaste? —quiso saber Irina.

—Hasta ciento veintitantas. Entonces el abuelo dijo que se enfriaba el té.

Todos se rieron, y la espera se hizo más corta. En la hierba cantaba un grillo. Un vecino cerraba su portón. El olor a menta se mezclaba con el de la tierra húmeda, y sobre el jardín caía, despacio, la oscuridad.

De pronto, Irina estiró la mano. Señaló tan rápido que todos miraron hacia otro lado. Al final la vieron todos: la primera estrella, un puntito tembloroso justo encima del ciruelo. El abuelo les pidió que esperaran un poco, que dejaran a los ojos acostumbrarse. Y, como a una señal, el cielo empezó a llenarse: otra estrella, y otra, y luego tantas que nadie habría podido contarlas.

—¿Son mil? —susurró Irina.

—Muchas más —dijo el abuelo—. No podemos contarlas. Pero Dios las conoce a todas por su nombre.

Cuando le llegó el turno al telescopio, papá lo apuntó a la Luna. Mateo pegó el ojo a la lente. Lo que desde abajo parecía un disco liso tenía sombras, hoyitos y bordes dentados, como una tierra blanca que nadie había pisado. Miró largo rato. Luego le cedió el sitio a su hermana sin que nadie se lo recordara.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 4 / 4

Irina necesitó ayuda para encontrar el sitio desde donde se veía bien. Cuando lo logró, se quedó callada de golpe. Ella, que siempre preguntaba algo, ya no preguntó nada. Solo miraba.

En la manta, la abuela le mostró a Mateo la Osa Mayor, que conocía desde niña. Las demás no las sabía por su nombre. Decidieron buscarlas juntos en un libro la próxima vez. A Mateo le gustó que quedaran preguntas: eso quería decir que habría otra noche como esa.

Antes de irse, mamá sacó una foto. El abuelo se puso junto al telescopio, papá a su lado y los niños delante. El osito salió solo a medias, en alto en las manos de Irina, pero no lo notaron hasta llegar a casa, y volvieron a reírse.

Mateo puso la foto nueva en el álbum, junto a la vieja. Las separaban muchos años, pero el ciruelo y el telescopio las unían como un puente. Al lado, Irina pegó la invitación del abuelo: la estrella con bigote.

Por la noche, antes de apagar la lámpara, Mateo miró por la ventana. Entre los edificios solo se veía una franja de cielo, con dos o tres estrellas. Le bastó. Recordó el jardín, el olor a menta y la voz del abuelo, y susurró, tan bajito que solo Dios pudiera oírlo: «Gracias por el cielo».

«El cielo proclama la gloria de Dios; el firmamento anuncia la obra de sus manos».

Salmo 19 (18), 1

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

> **Las alegrías más bonitas se preparan juntos y se esperan con paciencia.**

Mateo había venido preparado, pero no por eso las estrellas aparecieron antes. La noche les enseñó a todos a esperar: mientras el cielo se oscurecía, el abuelo contó historias, papá recordó, y la espera se volvió también una alegría. Cuando miramos el cielo estrellado, recordamos lo grande y hermoso que es el mundo creado por Dios. Y la foto nueva, junto a la vieja, muestra que una familia se pasa las alegrías de mano en mano, de los abuelos a los padres y a los hijos.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

¿Has notado lo difícil que nos resulta esperar? Nos hemos acostumbrado a que todo llegue al instante: un mensaje, una película, una respuesta. Pero algunas cosas hermosas no se pueden apurar: las estrellas, las flores, las amistades. Piensa en una alegría que puedas preparar con alguien de tu familia esta semana: un paseo, una noche de juegos, una visita a los abuelos. Y pregunta a tus padres o abuelos qué preguntas hacían ellos a tu edad.

Hablamos en familia

1. **¿Por qué quiso Mateo mirar las estrellas?**
   Respuesta: Encontró la foto de papá y el abuelo junto al telescopio y quiso vivir él también una noche así.

2. **¿Qué hicieron mientras esperaban a que oscureciera?**
   Respuesta: El abuelo contó cosas de la infancia de papá, y papá recordó que de pequeño había intentado contar todas las estrellas.

3. **¿Qué sintió Irina al mirar por el telescopio?**
   Respuesta: Se quedó sin palabras: solo miraba, asombrada.

4. **¿Qué pregunta te gustaría hacer sobre el cielo?**
   Respuesta libre: por qué brillan las estrellas, por qué cambia la Luna, lo lejos que están.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- ○ Preparen una «noche del cielo»: una manta, té y un cuarto de hora mirando hacia arriba, sin pantallas.
- ○ Pidan a los abuelos que les cuenten una noche bonita de su infancia.
- ○ Saquen juntos una foto de familia y escriban debajo una frase sobre ese día.

ORACIÓN BREVE

Señor, tú encendiste las estrellas del cielo
y diste a los hombres ojos para mirarlas.
Enséñame a alegrarme con tus regalos
y a compartirlos con los que quiero. Amén.

PARA LOS PADRES

Con telescopio o sin él, miren juntos el cielo y nombren lo que ven. Nunca miren el Sol con telescopio o binoculares: puede dañar los ojos.

HISTORIA 74

El concierto bajo los manzanos

Una canción, una campanilla y los vecinos bajo los manzanos

EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años p. 16
Hablamos con los pequeños p. 18
La historia completa · desde los 8 años p. 19
Lo que nos enseña · Hablamos en familia p. 23

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS 1 / 2

La primavera llegó al jardín del edificio. Los manzanos se cubrieron de flores blancas y las abejas zumbaban entre las ramas. Con la brisa caían pétalos como copos. Los ancianos tomaban el sol en el banco, y los niños jugaban en la hierba.

Sofía se detuvo bajo los manzanos y tuvo una idea: ¡un concierto para los vecinos! Ella sabía una canción de primavera. Radu, el estudiante del segundo piso, tenía guitarra. Y Tudor, de cinco años, tenía una campanilla.

Eligieron un domingo por la tarde. Don Vasile prometió sillas, y doña Elena, limonada.

Pero en el primer ensayo todo se enredó. Radu iba demasiado rápido. Sofía se quedaba atrás. Y Tudor tocaba la campanilla sin parar: ¡tilín, tilín, tilín!

—¡Ya no nos oímos! —dijo Sofía.

Pararon. Radu empezó más despacio, y Sofía arrancó con él. Y a Tudor le encontraron un solo lugar para la campanilla: justo al final, tras la última nota.

—¿Solo uno? —preguntó Tudor.

—Solo uno, pero que se oiga bien —rio Radu.

El domingo, bajo los manzanos se juntaron niños, padres y abuelos. Sofía sabía la canción de memoria, pero al ver tanta gente olvidó la primera palabra.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS 2 / 2

Radu empezó la melodía despacio, como en el ensayo. Mamá le sonreía desde la primera fila, junto al conejito de Sofía. Y la palabra volvió. Sofía cantó primero muy bajito, luego cada vez más claro.

Tudor esperó. Esperó. Esperó. Al final, levantó la campanilla. ¡Tilín! Un solo tintineo, claro, justo a tiempo.

La gente aplaudió, y doña Elena pidió que cantaran otra vez: ahora ella también sabía el estribillo. La segunda vez cantó todo el jardín, hasta el padre Andrés, que venía de la iglesia.

Después del concierto, Tudor preguntó cuándo volverían a ensayar. Sofía anotó una fecha nueva en el cuaderno y encima dibujó una campanilla. Una sola, como aquel tilín del concierto: una vez, pero precioso.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1. **¿Qué prepararon los niños en el jardín del edificio?**
   Respuesta: Un pequeño concierto para los vecinos.

2. **¿Cómo hacía música cada uno?**
   Respuesta: Sofía cantaba, Radu tocaba la guitarra y Tudor, una campanilla.

3. **¿Qué pasó en el primer ensayo?**
   Respuesta: Se enredaron: Radu tocaba muy rápido, Sofía se quedaba atrás y Tudor tocaba todo el rato.

4. **¿Cuándo tocó Tudor la campanilla en el concierto?**
   Respuesta: Una sola vez, justo al final.

LO HACEMOS JUNTOS

- Canten juntos una canción conocida: uno empieza y los demás se unen en el estribillo.
- Hagan un «escenario» en casa e inviten a un abuelo o un vecino a un concierto.

UNA PEQUEÑA ORACIÓN

Señor, gracias por las canciones
y por quienes cantan conmigo. Amén.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 1 / 4

La primavera llegó al barrio sin avisar. En una semana, la hierba del jardín se volvió verde y espesa, y los manzanos junto a la cerca se cubrieron de flores blancas en una noche. Las abejas zumbaban entre las ramas de sol a sol. Con la brisa caían pétalos en el sendero como copos, y los pequeños intentaban atraparlos con las manos.

Por las ventanas abiertas se oían una aspiradora, una radio y alguien que ensayaba al piano la misma pieza. Los ancianos salían al banco a tomar el sol, con el periódico o una bolsa de migas para las palomas. Era uno de esos jardines por los que pasas cada día sin detenerte.

Sofía pasaba junto a los manzanos cada mañana, pero un sábado se detuvo. Bajo las copas cabían varias filas de sillas, y junto a la cerca había un sitio llano, perfecto para tres personas que quisieran cantar.

La idea le llegó tan clara que subió las escaleras de dos en dos. Encontró a mamá en la cocina, con la cuchara de palo en la mano.

—¡Mamá, hagamos un concierto bajo los manzanos! ¡Para todos!

Mamá la escuchó hasta el final y sonrió. Un concierto necesitaba músicos, un día adecuado y gente que viniera. Sofía contó con los dedos: los músicos eran lo primero.

Radu, el estudiante del segundo piso, aceptó encantado traer la guitarra. Tudor, el vecino de cinco años, anunció que él también sabía tocar. Lo demostró en el acto, con una campanilla de su caja de juguetes.

Sofía eligió una canción de primavera aprendida en el coro. No era larga y tenía un estribillo que podían seguir incluso quienes la oían por primera vez. Radu la escuchó y buscó los acordes, parándose varias veces para ajustarlos.

En el primer ensayo, Sofía empezó demasiado despacio, Radu demasiado rápido, y Tudor no paró ni un momento: tilín, tilín, tilín, sobre cada palabra. A mitad de la canción, Sofía se echó a reír y luego frunció el ceño. Si así sonaba el concierto, les quedaba mucho trabajo.

Tudor apretó la campanilla contra el pecho. Creía que ayudaba sonando mucho. Radu se sentó a su lado en el banco y le tocó el final de la melodía. Tras la última nota quedaba un pequeño silencio.

—Ese es tuyo —le dijo—. Lo llenas tú, con un solo tilín.

Lo probaron. ¡Tilín! Los tres escucharon cómo el sonido se apagaba entre las ramas. Sofía dibujó en el cuaderno una estrellita en ese lugar, para que Tudor supiera cuándo le tocaba. Radu repitió el comienzo más despacio, y la canción empezó a encajar.

Los vecinos se fueron enterando. Don Vasile se ofreció a traer las sillas de la sala común. Doña Elena haría limonada. Un chico mayor dibujó un cartel con manzanos y notas musicales y escribió abajo la hora, con letras grandes como un dedo.

Sofía llevó un cartel también al padre Andrés, que vivía en el edificio de al lado. Él lo leyó con las gafas en la punta de la nariz y prometió venir después de la Divina Liturgia. Sofía volvió feliz: el público crecía.

Hasta el domingo ensayaron tres veces más. A veces Sofía olvidaba una palabra; otras, Radu se equivocaba de acorde. Tudor aprendió lo más difícil de todo: esperar. En el último ensayo, su campanilla sonó justo en la estrellita.

La mañana del concierto, Sofía eligió el vestido con bolsillos. En uno metió un pañuelo; en el otro, un papelito con el primer verso. El

conejito Bombón estaría entre el público, en su silla: Tudor insistía en que los juguetes también pueden escuchar, si no interrumpen.

Tras el almuerzo, los vecinos fueron bajando. Colocaron las sillas bajo los manzanos y unos niños se tumbaron en una manta junto a sus padres. No era un gran escenario, pero Sofía sintió que todo el jardín esperaba algo de ella.

Hasta entonces había cantado sin esfuerzo, ante Radu y Tudor. Ahora tenía los dedos fríos. La primera palabra, que se sabía desde hacía una semana, había desaparecido. Buscó el papelito en el bolsillo y, de los nervios, sacó el pañuelo. Algunos sonrieron, y ella se puso roja como una cereza.

Radu no le metió prisa. Empezó la melodía despacio, como en el ensayo, y repitió el comienzo, como si así estuviera escrita. Sofía miró a la primera fila. Allí estaba mamá, junto a la silla de Bombón, sonriéndole. Y la palabra volvió. Sofía la cantó casi en un susurro.

El segundo verso llegó más fácil. En el estribillo, levantó la cabeza. Ya no veía una multitud, sino caras conocidas: doña Elena, el vecino de la bicicleta, la amiga de mamá, el abuelo de Tudor. Algunos movían un poco los labios, intentando aprender la canción.

Tudor no le quitaba los ojos de encima. Esperó. Esperó. Cuando se apagó la última nota de la guitarra, levantó la campanilla. ¡Tilín! El sonido quedó un instante sobre ellos, mezclado con el susurro de las hojas. Luego estallaron los aplausos, y el pequeño se inclinó tanto que casi se tocó los zapatos.

Doña Elena pidió la canción otra vez: ahora sabía el estribillo y quería cantar ella también. La segunda vez se unieron los vecinos. No todos cantaban igual de fuerte ni igual de seguros, pero Sofía los oía

juntos. Desde atrás, junto a la cerca, sonaba una voz grave: el padre Andrés había llegado y cantaba también.

Después del concierto, nadie tenía prisa por irse. Tomaron limonada y descubrieron cosas nuevas unos de otros. Don Vasile había cantado en un coro. Una vecina tocaba la flauta y prometió traerla la próxima vez. El padre Andrés miró los manzanos llenos de abejas. «Hoy ha cantado todo el jardín —dijo—. Y las flores, y las abejas, y la campanilla de Tudor».

Por la noche, Sofía pegó en el cuaderno el cartel y, al lado, el papelito con el primer verso, que ni había llegado a leer. Tudor llamó a la puerta para preguntar cuándo ensayaban de nuevo. Ella pasó la página, escribió una fecha y le dejó sitio para la campanilla.

«¡Todo lo que respira alabe al Señor!».

Salmo 150, 6

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

> **Una canción sale bonita cuando cada uno espera su turno y escucha a los demás.**

En el primer ensayo, cada uno cantaba como le salía, y nadie oía a nadie. El concierto solo encajó cuando empezaron a escucharse unos a otros: Radu tocó más despacio, Sofía tuvo valor, y Tudor aprendió lo más difícil, esperar. Un solo tilín, en su lugar, fue más bonito que cien puestos en cualquier parte. Así pasa también en la familia, en la escuela o en la iglesia: juntos sonamos bien cuando cada uno ofrece su parte y deja sitio también al otro.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

¿Tiemblas antes de hablar o de cantar delante de otros? Nos pasa a casi todos. Sofía olvidó la primera palabra, pero miró las caras conocidas y la recordó. La próxima vez que estés nervioso, busca en el público una cara amiga y respira hondo. Y piensa también en esto: ¿qué puedes hacer tú por tus vecinos con lo que sabes hacer? Una canción, un dibujo, un pastel o una ayuda pueden unir a la gente más de lo que crees.

Hablamos en familia

1. **¿De dónde sacó Sofía la idea del concierto?**
   Respuesta: Se detuvo bajo los manzanos en flor y vio el sitio llano junto a la cerca, perfecto para los músicos.
2. **¿Cómo ayudaron a Tudor a saber cuándo tocar?**
   Respuesta: Sofía dibujó en el cuaderno una estrellita en ese punto de la canción.
3. **¿Qué ayudó a Sofía a recordar la primera palabra?**
   Respuesta: Miró a mamá y las caras conocidas del público.
4. **¿Qué descubrieron los vecinos unos de otros después del concierto?**
   Respuesta: Que don Vasile había cantado en un coro y que una vecina sabía tocar la flauta.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Aprendan juntos un canto o un villancico y cántenselo a alguien que vive solo.
- Cuando alguien de la familia hable, practiquen escuchar hasta el final, sin interrumpir.
- Averigüen qué sabe hacer un vecino o un abuelo y pídanle que se lo enseñe.

ORACIÓN BREVE

Señor, tú pusiste el canto en el corazón del hombre.
Ayúdame a cantar con alegría,
a escuchar a los demás
y a esperar con paciencia mi turno. Amén.

PARA LOS PADRES

Si al pequeño le dan nervios hablar delante de otros, no lo fuercen. Alaben su valor, no solo el resultado, y déjenlo probar primero delante de la familia.

HISTORIA 75

El cuaderno en dos idiomas

Un amigo nuevo y las palabras aprendidas juntos

EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años p. 26
Hablamos con los pequeños p. 28
La historia completa · desde los 8 años p. 29
Lo que nos enseña · Hablamos en familia p. 33

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS 1 / 2

Los lunes, la escuela despertaba con ruido de mochilas. En las escaleras se oían pasos rápidos, y el aula olía a lápices afilados. En la ventana, los geranios tomaban el sol. En la pizarra, la maestra escribió la fecha con letras redondas.

Aquella mañana, en el pupitre de Ilinca se sentó un niño nuevo. Se llamaba Daniil. Había venido con su familia de un país lejano y solo sabía unas pocas palabras de rumano.

En el recreo, Daniil quiso preguntar algo. Abrió la boca y la cerró. No encontraba la palabra. Entonces tomó un lápiz y dibujó rápido un libro.

—¿La biblioteca? —adivinó Ilinca.

Daniil asintió, contento, y ella le mostró el camino. Bajo el dibujo, Ilinca escribió «carte» (libro). Al lado, Daniil escribió lo mismo en su idioma, con letras que ella nunca había visto.

Así empezó su cuaderno en dos idiomas.

En las páginas siguientes aparecieron una manzana, una pelota y un árbol. Ilinca ayudaba a Daniil a leer en rumano. Daniil le enseñaba sus palabras. Cuando Ilinca las decía mal, él no se reía. Las repetía otra vez, despacio.

Un día, la maestra preparó una exposición de lugares queridos. Ilinca dibujó el patio de los abuelos. Daniil dibujó la plaza de su ciudad, con una fuente, una librería y muchas palomas.

Tenía mucho que contar, pero le daba miedo no encontrar las palabras.

—Yo sostengo el dibujo —dijo Ilinca—. Tú solo señala.

Daniil empezó despacio. Cuando no sabía una palabra, señalaba el dibujo. En las palomas se detuvo. Desde su pupitre, Rares le susurró la palabra, y Daniil siguió. Les habló de su abuelo, que lo llevaba a la librería.

Al final, Rares preguntó cómo se dice «amigo» en su idioma. Daniil dijo la palabra despacio, y toda la clase la repitió. Daniil sonrió, por primera vez con toda la cara.

En el cuaderno la escribieron los dos, cada uno en su idioma, una junto a otra. De todas las palabras del cuaderno en dos idiomas, esa era la más bonita.

DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1. **¿De dónde había venido Daniil?**
   Respuesta: De un país lejano; estaba aprendiendo rumano.

2. **¿Cómo preguntó Daniil dónde estaba la biblioteca?**
   Respuesta: Dibujó un libro.

3. **¿Qué escribían los niños en su cuaderno?**
   Respuesta: La misma palabra, en dos idiomas.

4. **¿Qué palabra aprendieron al final todos los compañeros?**
   Respuesta: La palabra «amigo», en el idioma de Daniil.

LO HACEMOS JUNTOS

- ○ Dibujen un objeto y escriban su nombre en su idioma y en otro idioma que conozcan.
- ○ Piensen en un niño nuevo de la clase y en cómo podrían ayudarlo a sentirse bienvenido.

UNA PEQUEÑA ORACIÓN

Señor, ayúdame a ser buen amigo de los que son nuevos y están solos. Amén.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS 1 / 4

Los lunes, la escuela despertaba despacio. En el patio, los niños se juntaban en grupitos junto a la cerca, se contaban qué habían hecho el domingo y corrían a la entrada al sonar el timbre. Los pasillos olían a parqué recién encerado, y la sala de profesores, a café.

En el aula de Ilinca, las sillas chirriaban, los estuches se abrían y las hojas crujían. En la ventana, los geranios tomaban el sol; en la pared colgaba el mapa del país, y en el rincón, la estantería esperaba el recreo. En la pizarra, la maestra escribió la fecha con letras redondas.

Aquella mañana, en el pupitre junto a Ilinca apareció un estuche verde con dos cremalleras. El niño que lo había puesto allí se llamaba Daniil. Su familia se había mudado hacía poco a la ciudad desde un país lejano, y él sabía unas pocas palabras de rumano, que decía con mucho cuidado, como vasos que pueden romperse.

La maestra lo presentó a la clase y le mostró dónde dejar la mochila. No le pidió que hablara enseguida de sí mismo. Lo dejó mirar el aula, el mapa, la estantería y a los niños que iban a ser sus compañeros.

Ilinca le mostró la página en la que trabajaban. Daniil la encontró rápido. Luego, mientras los demás escribían, dibujó en una esquina del borrador un pájaro tan pequeño y exacto que parecía a punto de volar. Ilinca se inclinó para verlo mejor. Daniil creyó que necesitaba el lápiz y se lo dio. Ella negó con la cabeza y señaló el pájaro.

—¡Precioso!

Daniil no sabía la palabra. Pero entendió la sonrisa.

En el recreo, intentó preguntar algo. Dijo unas palabras, se detuvo y miró hacia la puerta. Ilinca no entendía. Entonces él dibujó un libro abierto y movió la mano en el aire, como si pasara las páginas.

—¿La biblioteca? —preguntó ella.

Daniil asintió varias veces, aliviado. Recorrieron juntos el largo pasillo, y la bibliotecaria lo recibió como a un viejo lector. Al volver, Ilinca escribió «carte» (libro) bajo el dibujo. El niño añadió la misma palabra en su idioma, con letras que ella veía de cerca por primera vez.

Al día siguiente, Ilinca trajo un cuaderno pequeño de tapas amarillas. En la primera página pegó el dibujo del libro. Daniil entendió enseguida su idea y dibujó debajo una manzana. Escribieron los dos, cada uno en su lado, y luego intentaron leer las palabras del otro.

A Ilinca no le salió a la primera. Confundió un sonido y paró, roja. Daniil repitió la palabra despacio, sin reírse. Ella lo intentó otra vez, y otra. Solo entonces entendió lo que hacía Daniil de la mañana a la noche: buscaba cada palabra, como una llave en un bolsillo lleno.

El cuaderno crecía con un dibujo al día. Una pelota llegó tras la gimnasia; un paraguas, tras una mañana de lluvia; un árbol, tras el paseo al parque. Unas palabras se quedaban enseguida; otras se escapaban y había que atraparlas otra vez.

Daniil empezó a preguntar cada vez más. Ilinca aprendió algo difícil: no responder por él antes de que terminara. A veces le bastaban unos instantes y encontraba solo lo que quería decir. Entonces sonreían los dos, como después de marcar un gol.

Un viernes, la maestra anunció una pequeña exposición. Cada niño podía traer el dibujo de un lugar querido y contar por qué lo había elegido. No tenía que ser un lugar famoso. Valían un patio, un banco o una cocina.

Ilinca dibujó la casa de los abuelos, con la parra junto al portón. Daniil trabajó varios días en una plaza grande. En el centro había una fuente; a un lado, una librería, y en los tejados, palomas, dibujadas con igual cuidado que el pájaro del primer día.

Cuando Ilinca le preguntó si iba a hablar de su dibujo, él se encogió de hombros. ¡Tenía tanto que contar! Pero no sabía todas las palabras. Temía que, hasta encontrarlas, los demás se aburrieran y miraran por la ventana.

Hablaron con la maestra. Ella le propuso elegir solo unas cuantas cosas que quisiera mostrar sin falta. Podía usar el dibujo y el cuaderno. E Ilinca se ofreció a sostener la hoja, para que él tuviera las manos libres.

En casa, Daniil ensayó con su madre. Cambió las frases largas por otras cortas. No intentó aprenderse un discurso entero. Solo quería contar a sus compañeros dos cosas: cómo iba con su abuelo a la librería y dónde se paraban después a dar de comer a las palomas.

El día de la exposición, pusieron los dibujos en las mesas. Unos tenían colores vivos; otros, solo lápiz. Un niño había traído el taller de su padre; otro, un puente sobre un río. El aula parecía un mapa del mundo hecho de lugares pequeños y queridos.

Cuando le llegó el turno, Daniil se levantó junto a Ilinca. Señaló la fuente y dijo el nombre de la plaza. Luego llegó a las palomas y se paró. La palabra no venía. La clase calló. A Daniil le ardían las orejas.

Entonces Rares susurró desde la segunda fila: «¡Palomas!».

Daniil repitió la palabra y siguió, contento de que su historia no se hubiera parado ahí. Les contó que el abuelo compraba un libro y luego lo dejaba elegir el camino a casa. A veces daban un rodeo por el

río. Mientras hablaba, miraba cada vez más a sus compañeros, no solo al dibujo.

Al final, las preguntas llegaron una tras otra. ¿Qué libro le gustaba? ¿Hablaba aún con su abuelo? ¿Cómo se llamaba el río? Rares quiso saber cómo se dice «amigo» en su idioma. Daniil dijo la palabra despacio, y toda la clase la repitió. Salió algo torcida, pero Daniil sonrió con toda la cara.

En el recreo, el cuaderno amarillo pasó de mano en mano. Todos querían añadir algo. La maestra les dio un pliego grande, para trabajar sin amontonarse, y la clase empezó un cartel en dos idiomas.

Al salir, Daniil guardó con cuidado en la carpeta el dibujo de la plaza y un boceto nuevo: la biblioteca escolar, con dos sillas y una mesa. En una, un estuche verde; en la otra, el cuaderno amarillo. Encima, con letras firmes, había escrito solo, sin mirar el cuaderno: «prieteni» (amigos).

«Acójanse unos a otros, como también Cristo los acogió a ustedes».

Romanos 15, 7

UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

> **Un amigo de verdad te da tiempo para encontrar tus palabras.**

Ilinca no sabía el idioma de Daniil, y él aún no sabía bien el rumano. Y, sin embargo, se entendieron: con un dibujo, con una sonrisa y con paciencia. Ilinca aprendió a no responder por él, sino a dejar que encontrara solo sus palabras. Cuando ella se equivocaba en una palabra de su idioma, Daniil no se reía. Así nace la amistad: cada uno da un paso hacia el otro. Cristo nos pide recibir como hermanos a los que vienen de lejos, y a veces un cuaderno pequeño puede abrir una puerta.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

¿Alguna vez has sido «el nuevo», en una clase, en un campamento o en una ciudad extraña? ¿Recuerdas cuánto importaba una sola persona que te preguntó algo o te mostró el camino? Quizá en tu clase hay ahora alguien que no conoce todas las palabras ni todas las reglas no escritas. No tienes que hacer grandes cosas: un sitio a tu lado en la mesa, una pregunta sencilla o la paciencia de escuchar hasta el final pueden cambiar el día de alguien.

Hablamos en familia

1. **¿Qué dibujó Daniil en el borrador el primer día?**
   Respuesta: Un pájaro pequeño, tan bonito que parecía a punto de volar.

2. **¿Por qué le costó a Ilinca leer una palabra en el idioma de Daniil?**
   Respuesta: Porque una palabra que no has oído desde pequeño exige mucha atención. Entonces entendió lo difícil que era para Daniil todo el día.

3. **¿Cómo ayudaron los compañeros a Daniil en la exposición?**
   Respuesta: Ilinca sostuvo el dibujo, y Rares le susurró «palomas» cuando no encontraba la palabra.

4. **¿Cómo recibirías tú a un compañero nuevo?**
   Respuesta libre: lo saludaría, le mostraría la escuela, lo invitaría a jugar.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Empiecen en familia un «cuaderno en dos idiomas»: una palabra al día, en otro idioma, con un dibujo.
- Aprendan a decir «bienvenido» en tres idiomas.
- Inviten a jugar a un niño que parezca solo en el parque o en la escuela.

ORACIÓN BREVE

Señor, tú nos hiciste a todos hermanos.
Dame un corazón abierto
para los que son nuevos, están solos o lejos de casa,
y ayúdame a ser un buen amigo. Amén.

PARA LOS PADRES

Hablen con el niño de cómo se siente alguien que no conoce el idioma. Un buen juego: intenten decirse algo solo con dibujos y gestos.

RECUERDOS DE NUESTRA FAMILIA

Nuestras propias historias

Escriban aquí las historias de su familia: lo que les contaron los abuelos, lo bueno que pasó en su casa, oraciones en las que sintieron la respuesta.

El bien empieza con un pequeño paso.